

Jonás

1. Datación del libro

Es común señalar que el libro de Jonás, obra ciertamente unitaria, se compuso en la época final de la profecía en Israel. Si se quiere concretar aún más, se puede afirmar que es en el postexilio, probablemente entre la 2ª mitad del siglo IV a.C. y el comienzo del III, cuando se escribe este pequeño libro bíblico, catalogado bien como un *midrás* bien como una novela didáctica bien como una parábola bien como una sátira. Diversas y variadas razones fundamentan las indicaciones temporales hasta ahora realizadas: la dependencia del libro de Joel (compárense Jl 2,13 y Jon 4,2, Jl 2,14 y Jon 3,9), las conexiones de Jon 3 con Jer 18; 36, el lenguaje cercano al de Qohelet o Daniel, las referencias en Jonás a la mitología griega de la época helenística más antigua. Pocos son, sin embargo, los autores que se inclinan por una época anterior (el libro se compondría en el s.V como reacción contra el nacionalismo de Esdras y Nehemías) o posterior a la señalada (entre la conquista de Alejandro Magno y la composición del libro de Ben Sira, debido a la importancia que se concede al tema del temor de Dios en éste y en el libro de Jonás).

De cualquier manera, la redacción del libro se realizó antes del 200 a.C., pues entonces formaba ya parte del Libro de los Doce.

2. Estructura

Dos aspectos principales sostienen las indicaciones que realizamos en torno a la división del libro de Jonás en 4 partes (Jon 1,1-16 / Jon 2,1-11 / Jon 3,1-4,4 / Jon 4,5-11) y a la relación que entre ellas existen.

En primer lugar, puede percibirse un paralelismo entre Jon 1 y Jon 3 (relación entre los marineros paganos que se convierten y Jonás / relación entre los ninivitas paganos que se convierten y Jonás); también entre Jon 2 y Jon 4,5-11 (Jonás, sólo ante Dios, conoce y recibe de éste la salvación). Tan destacada es su importancia que algún autor (E. Zenger) indica que habría que distinguir más bien dos partes en todo el libro: Jon 1,1-2,11 / Jon 3,1-4,11.

En segundo lugar, Jon 4,5 posee una importancia particular. Utilizando un conocido recurso literario, el autor retoma un aspecto de la narración que no había quedado anteriormente del todo cerrado. Se trata de la técnica narrativa que consiste en narrar un episodio hasta su conclusión y retomar posteriormente un hilo, una información, que había quedado abierta y volver sobre ella. En concreto, el narrador cuenta en un primer momento, sin interrumpir su desarrollo (Jon 3,1-4,4), qué pasó con la predicación de Jonás (escucha de la misma por parte de los habitantes de Nínive, reacción posterior, etc.). A continuación, recoge una indicación de Jon 3,4 (que Jonás predicó en Nínive) y, a partir de Jon 4,5, se centra en relatar lo que le ocurrió al propio Jonás. Por eso, quizás la mejor traducción de dicho versículo es *Jonás había salido de la ciudad* (N. Lohfink), ya que allí fuera esperaba el veredicto de Dios.

3. Mensaje

Al abrir las páginas del libro de Jonás, el lector se encuentra con que en ellas no encuentra ni un título, ni oráculos proféticos, ni uso de formas poéticas, ni referencias concretas e históricas sobre el profeta, sobre Nínive, etc. La sorpresa inicial por todo ello está acompañada de un primer elemento destacable: por medio de una fórmula introductoria, propia del ámbito profético (*la palabra de Yahveh fue dirigida a Jonás*), éste recibe la

misión de predicar en la ciudad extranjera de Nínive, de levantarse y clamar contra ella en nombre de Dios (Jon 1,1-2).

La reacción del protagonista del libro (levantarse para huir lejos de Dios) provoca preguntas en el lector: ¿será que Jonás no se siente a la altura de las circunstancias para ir a Nínive y por eso huye?; ¿será que le da miedo proclamar el mensaje de juicio divino? ¿O podrá ser también que cuando Jonás se pone en camino en la dirección contraria a Dios, se hace presente para el lector el típico comportamiento de Israel (Yahveh llama e Israel huye inmediatamente de él; cf. Os 11,2)?

Por otra parte, y aunque no se indica la razón de dicha reacción, el lector sabe que el relato está con ello queriendo subrayar que Jonás rechaza el ministerio profético recibido.

Sin embargo, inmediatamente después el profeta hace una confesión de fe en el Dios creador, cargada sin lugar a dudas de gran ironía verbal y dramática: el Dios en el que cree y de quien huye Jonás es el Señor del cielo, la tierra y el mar y su temor puede equivaler bien a miedo bien a reverencia. Una ironía expresada igualmente por el hecho de que Jonás, un profeta reticente, no lo es a la hora de cumplir su misión, posibilitando así la conversión de los marineros, quienes, al final de Jon 1, reconocen a Dios como señor soberano de la creación y le ofrecen un sacrificio cultural. De ese modo, a lo largo del capítulo, éstos pasan de temer ante la vida a temer a Dios.

Además del elemento señalado, que guarda relación con el aspecto más propiamente profético de Jonás (envío, misión, reticencia, etc.), desde el comienzo del libro aparece explicitado el binomio *vida-muerte*, que recorre el mismo y posee en él una particular importancia. Los marineros no quieren perecer y luchan por vivir y sobrevivir; a Jonás, en cambio, no parece importarle mucho esta cuestión. Es más, prefiere incluso morir (ser arrojado al mar) que ceder ante el Dios al que afirma temer.

Los dos elementos hasta ahora señalados parecen estar en conexión entre sí y aparecen manifestados por el paralelismo existente en Jon 1-2 entre Jonás y el Faraón de Egipto. Éste está subrayado por motivos y términos semejantes y por motivos y términos contrarios. Entre los primeros destacan el contraste entre el Faraón y Jonás en relación con Dios o el parecido existente entre las parteras y los marineros, personajes que aparecen en los relatos de Ex y de Jon remitidos al Faraón y a Jonás. Con respecto a los términos contrarios, el uso de palabras como *arrojar* o *tierra firme*; ambos poseen en los dos relatos una destacada importancia.

Hay que añadir por último que los citados elementos permiten también destacar la progresión existente en Jon 1: gran temor de los marineros por su vida – temor grande y reverencial de los marineros a Dios. Es precisamente la acción y confesión de Jonás, a quien la muerte parece importarle poco, la que posibilita el paso del temor-miedo al temor-reverencia.

El binomio *vida-muerte* recorre también el siguiente capítulo del libro. En él, Jonás, que se había negado a rezar en 1,6, ora a Dios recitando un salmo en la angustia que le produce el haber sido arrojado al mar y tragado por un pez. Se trata de una oración que revela los sentimientos íntimos de Jonás y presenta una imagen positiva de él. Contiene al mismo tiempo una interesante progresión. Así, al comienzo de la misma se produce un movimiento horizontal, que parece resaltar la lejanía de Jonás respecto de Yahveh y su templo. A continuación, y por medio de una imagen que evoca un descenso vertical, el protagonista manifiesta la angustia que le produce la ausencia de Dios. Finalmente, Jonás es salvado por Dios de la situación de angustiada muerte en la que se encuentra, querida y deseada con ardor por él (Jon 1). Una muerte caracterizada por la ausencia de Dios en su vida, de la cual éste precisamente le rescata, al sacar su vida de la fosa.

Por otra parte, el contexto de salvación presentado se encuentra enmarcado en otra referencia bíblica de interés: la creación. Junto a ellas, está presente también en dicho capítulo la mención de la misericordia de Dios, una de las características más definitivas del Dios del Antiguo Testamento. Entendidas las tres de manera conjunta, se puede señalar que el Dios al que invoca el profeta reticente es un Dios creador que rige el mundo con misericordia y un Dios salvador que, por medio de ésta, capacita al receptor de la misma para ser un sujeto libre y no esclavo, con capacidad de decisión y acción. Así pues, Jonás recibe gratuitamente la salvación de Dios, del Dios misericordioso y creador, y le responde ofreciéndole un gesto cultural, restableciendo así la comunicación con él. Jonás pasa, pues, del rechazo de Dios (muerte) a la vida y a la salvación (encuentro con él).

Si los dos primeros capítulos del libro de Jonás acaban del mismo modo (oferta de sacrificio), el tercero va a suponer su arranque definitivo, arranque que ciertamente culmina y tiene su clímax en Jon 4,5ss. Presenta de nuevo una orden de Dios a Jonás, la misma que la anterior, que esta vez éste sí cumple. Además de este elemento novedoso, también lo es el calificativo de la ciudad de Nínive, que es grande para Dios: la expresión significa probablemente que Dios tiene estima y consideración por la ciudad, que a él ésta le importa.

La predicación de Jonás de Jon 3,4 se refiere no únicamente a la destrucción de Nínive, sino también al fuerte cambio que en ella se puede dar (el final de dicho versículo, tal y como aparece en el Texto Masorético, permite considerar ambas posibilidades). Precisamente es esto último lo que en ella se produce: de repente, toda la ciudad se convierte. ¡Jamás un profeta tuvo tanto éxito! Pero ni esta conversión tan rápida ni otros sucesos narrados (¿pueden estar las personas y también los animales sin comer y beber durante 40 días, como se lee en Jon 3,7?) sorprenden al interesado lector, que ya ha leído muchos e interesantes aspectos sobre la vida de Jonás, sobre su actuación y sus decisiones. A diferencia de otros profetas, que habrían utilizado en una ocasión similar la fórmula *así ha dicho Yahveh*, Jonás no anuncia en nombre de qué Dios habla. Por su parte, el rey de Nínive introduce en este momento del relato una palabra o un toque de esperanza: como habían hecho los marineros, quiere ante todo salvar su vida y la de Nínive. Su actuación esperanzada (Jon 3,8-9) tiene su punto feliz en la conversión de Dios, que se convierte del mal que había decidido, transmitido por su reticente mensajero (Jon 3,10). Es ciertamente una conversión acompañada del arrepentimiento de Nínive. Ahora bien, no es éste último el que la provoca, sino, como se subraya repetidas veces (1,6.14; 3,9), la decisión libre y soberana de Dios: *quizás éste se arrepienta*.

De manera que, hasta este momento, y en espera del desenlace final del último capítulo del libro, todos, excepto Jonás, han abandonado su mal: los marineros, los ninivitas y el propio Dios.

Jon 4 pone frente a frente, esta vez de manera definitiva, a los dos grandes protagonistas del bello relato que nos ocupa. En un primer momento, y en buena sintonía con los versículos precedentes, presenta la última reacción de la predicación del profeta en Nínive: la del propio Jonás ante lo realizado por Dios. Curiosamente, el primero no acepta que el segundo sea misericordioso; a él le gustaría más bien que fuera un juez implacable, que juzgara con criterios de justicia inflexible. Ello a pesar de que, ¡nueva ironía!, él conoce ya quién y cómo es Dios (*clemente y misericordioso, lento a la ira y rico en piedad, que se compadece del mal*). Ello a pesar de que expresa dicho conocimiento mediante una *fórmula de gracia*, que subraya los atributos del ser mismo de Dios, su carácter, y que condensa de manera bella y sintética las afirmaciones centrales sobre Dios en el Antiguo Testamento. Jonás, sin embargo, prefiere no aceptar lo que conoce y sabe de Dios y rechaza que Éste se comporte con Nínive en libertad y con misericordia.

Prefiere también romper una vez más con Dios, deprimirse y morir y pedirle precisamente que le quite la vida (Jon 4,3).

El relato podría quizás haber terminado aquí; ya se ha dicho todo, ya se ha enseñado todo. Sin embargo, por medio del recurso narrativo señalado en el apartado anterior, Jon 4,5 va a desarrollar el veredicto de Dios y la ulterior y última respuesta de Jonás al respecto.

A partir del citado versículo, en el que, como sucede en Jon 2, se revelan sentimientos íntimos de Jonás, el autor sitúa magistralmente a éste en la misma situación por la que habían pasado los marineros y los ninivitas: a los tres les preocupa y encoleriza la situación de muerte. A los dos primeros, la propia; al último, la del ricino. ¡Sólo la muerte de éste le hace reaccionar! En el conjunto y desarrollo de la narración, se indica que la muerte, el deseo de evitarla, les pone en contacto con un Dios misericordioso. Eso es lo que sucede a los marineros y ninivitas; eso es lo que le puede ocurrir también al propio Jonás. En ese contexto común, con esa conocida y repetida referencia de fondo, es Dios precisamente el que explica a Jonás, aquél que afirmaba conocer ya su sentido, qué significa ser misericordioso. Y lo hace recurriendo al contraste entre lo que él hace y lo que hace Jonás.

El relato termina, sin embargo, de manera abierta. El lector del mismo se puede preguntar: ¿qué hará Jonás, temerá a Dios y se girará hacia él, como hicieron los marineros y los ninivitas, u optará por recorrer el camino contrario huyendo nuevamente de la presencia de Dios? Y no sólo esto; ¿qué hará el lector, se atreverá a repetir la primera experiencia o preferirá decantarse por la segunda?

Se trata de un final similar al de otros conocidos e importantes relatos bíblicos (por ejemplo, el del padre perdonador, generalmente conocido como “el hijo pródigo”). En esta parábola, su narrador no señala si el hijo mayor ha abrazado a su hermano, entrando a participar en la gran fiesta preparada por el padre de ambos. Al fin y al cabo, la narración dirige su mirada e interés hacia el lector de la misma. A éste también se dirige el final del libro de Jonás, a quien le pregunta si está dispuesto a alegrarse con Dios por el perdón que éste concede y otorga a los opresores.

Además de las preguntas anteriormente mencionadas, el lector se puede plantear también una más, con esta doble formulación: ¿cómo percibe a Jonás?; ¿trata a éste al modo de Dios o de una manera distinta?

Finalizamos este apartado con una indicación complementaria al aspecto que abre el mismo. Ha sido ya señalado cómo en su comienzo el relato de Jonás pone de relieve las resistencias del profeta, que, aunque pueden aparecer en cualquier momento o situación, no impiden sin embargo ni la predicación profética y el anuncio del Dios misericordioso ni que sus destinatarios se conviertan y conozcan al misericordioso. El profeta aparece entonces caracterizado como el que no puede apoderarse del mensaje de Dios, pues no es suyo lo que predica. De ahí que pueda afirmarse que en el origen de la vocación y de la predicación profética está Dios; ¡y un Dios misericordioso!

4. Jonás y la Sagrada Escritura

El punto principal de este apartado pretende fijarse en los contactos literarios entre el libro de Jonás y los libros del Antiguo Testamento (intertextualidad). No en todos ellos, sí en dos figuras del mismo: Caín y Elías.

Una lectura detallada de Gén 4,1-16 y Jon 4 permite señalar numerosas correspondencias. Entre ellas destaca sobremanera el diálogo que mantiene Dios con sus dos protagonistas por medio de preguntas; en concreto, las relativas al actuar de Dios, considerado por

ambos injusto. Un diálogo que, ciertamente, subraya el interés y cuidado de Dios por sus interlocutores. En el primero de los casos, Dios protege al agresor, quien ha acabado de manera violenta con la vida de su hermano: parece que queda sitio para la vida, para la *penitencia de Caín*. Una protección y una posibilidad de vida y de conversión, eso sí, no exenta de medios para alcanzarla. El relato de Génesis señala que el asesino de Abel sale en dirección al oriente de Edén (Nod), donde vive errante. Lejos de sus padres sale y da un paso en dirección a la vida: el primero de los verbos mencionados tiene fuertes connotaciones de nacimiento. De ese modo, Caín tiene la posibilidad de *nacer nuevamente*, de salir en búsqueda de sí mismo, en búsqueda de la vida. En el segundo, Dios se interesa por Jonás, que desea ardientemente la muerte al sentirse contrario a aceptar a Dios en cuanto misericordioso. Un interés que no trae consigo el castigo, pero sí unas afirmaciones y preguntas que Dios dirige a Jonás con el intento de que reaccione, cambie y se convierta. Es cierto que, en este caso, la estrategia narrativa anteriormente indicada (final abierto) no aclara al lector si Jonás se abrió al Dios misericordioso y renació a una nueva vida. En ese sentido, y como sucede también en el relato de Caín, al lector no se le indica explícitamente que ambos actores se han abierto al otro, a Dios en este caso, restableciendo de manera definitiva la relación con Él.

Numerosos son los elementos comunes entre las figuras de Elías (1 Re 17-19) y el protagonista del relato de Jonás (Jon 1-4); tantos que, para algún autor (C. Lichtert), el hecho de que Elías preceda a Jonás en el Antiguo Testamento podría estar en relación con el final abierto de Jonás y con la pregunta que éste plantea (¿decidirá Jonás ser profeta como Elías ha llegado a ser, aceptando ajustar y cambiar la imagen que tenía de Dios?). De todos ellos, citamos el hecho de que Elías y Jonás son los únicos profetas del AT en ser enviados a los paganos (sin contar al sucesor del primero, Eliseo, en estrecha relación con él); el empleo de verbos de movimiento (ir, venir, volver, sentarse, levantarse); la comparación del recorrido geográfico de Elías y Jonás; el uso de la expresión *pidió para sí la muerte* (1 Re 19,4 y Jon 4,8), presente únicamente en la Biblia en los dos textos mencionados; la imagen de Dios que ambos relatos presentan: Dios de la creación, que domina sobre la lluvia y la sequía, la tierra, los animales. Y, sobre todo, el binomio *vida-muerte*. Así, al comienzo de 1 Re 17-19 se hace referencia a salvar la vida de Elías, la viuda o su hijo; Jonás por su parte se preocupa por salvar su vida, la de los marineros, la de los ninivitas. El tema de la muerte recorre diversos pasajes de 1 Re 17-19: Elías posee el poder de dar la muerte por medio de la sequía, oponiéndose así a la palabra de Dios, que quiere la vida de su profeta. En el relato de Jonás, la muerte de los marineros está en relación con una iniciativa de Jonás, su huida, opuesta a la palabra de Dios.

Más conocida es la breve referencia con la que concluimos este apartado: la mención de la señal de Jonás en Mt 12,38-42 y Lc 11,29-32. Una referencia que en el evangelio de Mateo puede entenderse así: Jonás, el profeta, representa tipológicamente el acontecimiento de la muerte y resurrección de Jesús, señal dada por Dios a la generación que la pide (U. Luz); y en el de Lucas, en relación con el ministerio terreno de Jesús, su actuación profética, similar a la del profeta Jonás que anuncia la misericordia a los ninivitas (J. Fitzmyer).

5. Bibliografía

J.M. ÁBREGO DE LACY, *Los libros proféticos*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1993.

- L. ALONSO SCHÖKEL – J.L. SICRE DÍAZ, *Profetas II*, Cristiandad, Madrid 1987².
- J. BLENKINSOPP, *A History of Prophecy in Israel. Revised and Enlarged*, Westminster John Knox Press, Louisville 1996.
- C. LICHTERT, *Traversée du récit de Jonas*, Lumen Vitae, Bruxelles 2003.
- N. LOHFINK, “Jona ging zur Stadt hinaus (Jon 4,5)”, *BZ* 5 (1961) 185-203.
- E. SANZ GIMÉNEZ-RICO, *Profetas de misericordia. Transmisores de una palabra*, San Pablo-Universidad Pontificia Comillas, Madrid 2007.
- J.L. SICRE DIAZ, *Profetismo en Israel. El profeta. Los profetas. El mensaje*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 1992.
- J.L. SKA – J.P. SONNET – A. WÉNIN, *Análisis narrativo de relatos del Antiguo Testamento*, Verbo Divino, Estella (Navarra) 2001.
- E. ZENGER, “Das Buch Jona”, *Einleitung in das Alte Testament*, E. ZENGER (u.a.), Kohlhammer, Stuttgart - Berlin - Köln 1998³, pp.497-503.